

—llevaba un nombre ilustre, el nombre más ilustre de la Italia del Sur. La víctima era el amigo más querido del rey, el hermano de armas del príncipe real...

—¡Monteleone!—exclamaron todos á la vez

—Monteleone, el conde Mario Monteleone—repitió el doctor en señal de afirmación.

—¿Y el asesino? ¿se conoce el asesino?

Pedro Falcone no respondió; una sonrisa siniestra contrajo sus labios pálidos.

En los jardines de la quinta Floridiana tenía lugar en este instante un movimiento rápido y general.

Al nombre de Monteleone, respondió otro nombre igualmente pronunciado por cien bocas.

—¡Coriolani!... ¡el príncipe Fulvio Coriolani.

## V

### Explosión de una mina

La llegada del príncipe Coriolani al palacio real acompañado de Angélica Doria, fué un verdadero acontecimiento.

El heredero de la corona, los príncipes y las princesas le festejaban.

Pero en el numeroso grupo compuesto del marqués de Zanone y sus amigos, los espíritus habían quedado vivamente impresionados. En verdad no tenía aires de vencido el brillante señor por quien se hallaba la corte reunida, y que llevaba del brazo á la más noble heredera del reino de Nápoles, á despecho de su hermano el conde Loredano Doria.

Sin embargo, para los que habían oído las palabras de Pedro Falcone, existía como una misteriosa amenaza suspendida sobre su cabeza. La

muchedumbre había pronunciado en su nombre el momento en que se pedía el del asesino de Monteleone.

Y Falcone guardó silencio, como si hubiese considerado ocioso añadir una palabra al grito de la muchedumbre.

Esta, al pronunciar el nombre de Coriolani, ¿se había encargado de responder?

Fuera de esto ocurrió una circunstancia singular. Cuando los cortesanos, distraídos un instante por el movimiento que se operaba á su alrededor, se volvieron hacia Falcone para preguntarle de nuevo, éste ya no estaba.

Nadie supo decir cómo había desaparecido el nuevo médico de S. M.

Pero no habían acabado las sorpresas, ó mejor, entonces empezaban.

—¡Por San Genaro!—exclamó de pronto Zanone; —¿estoy soñando? He ahí el muy ilustre señor Carlos Piccolomini que saluda á los que ayer hizo llevar á la cárcel.

En el centro del jardín el ministro de Estado acababa de saludar á Malatesta y Colonna que pasaban del brazo.

Los dos jóvenes señores no tenían el aire de cautivos que han roto violentamente sus cadenas. Los dos iban hablando y riendo.

—He ahí el mayor de guardias que aun pasa más adelante—dijo Madrina maravillado;—habla familiarmente con Sampieri y Marescalchi...

—¡A quienes prendió anoche!—acabó otro. ¿Qué significaba este cambio?

Porque era la exacta verdad: Wolfgang Baumgarten, mayor de guardias suizos, se apoyaba á derecha é izquierda en los brazos de Sampieri y Marescalchi.

Domenico Sampieri presentaba el aspecto de un

vencedor que acaba de tomar su revancha bromeando.

Pero á su vez, se agasajaba á Fulvio Coriolani en el círculo de las princesas.

Francisco de Borbón tenía una de sus manos entre las suyas, y el conde Castro Giovanni le daba un estrecho abrazo.

Entretanto Angélica Doria, colocada entre la princesa real y la archiduquesa princesa de Salerno, se veía colmada de atenciones y caricias.

Sólo el semblante de una persona no revelaba alegría en medio de este augusto grupo.

Nina Dolci acababa de distinguir al doctor Pedro Falcone que penetraba en las habitaciones reales.

En vano había procurado encontrar la mirada de Fulvio.

De súbito los balcones de la real habitación se abrieron con estrépito.

El jardín resonó á los lisonjeros gritos que, desde que el mundo es mundo, no han faltado á ningún soberano.

—«¡Viva il re Ferdinando!»

—«¡Evviva il salvatore di patria!»

—«¡Evviva il Borbone! ¡Evviva! ¡Evviva!»

El rey se hallaba en el balcón, acompañado del conde Loredano Doria, y del primer médico doctor Wilhem Bach.

—¡Veis!—dijo la princesa de Salerno á Angélica,—S. M. habrá hecho entrar en razón á vuestro hermano.

Y Castro Giovanni inclinándose al oído de Fulvio:

—S. M. acaba de sermonear á Loredano: triunfamos en toda la línea.

Un ujier de la real casa abrió con estrépito la puerta principal del pabellón. El rey hizo un ade-

mán gracioso á las princesas para invitarlas á subir las gradas de mármol.

—¡S. M. os ha sonreído!—dijeron á Fulvio.

No se vaya á creer que la semilla sembrada por Falcone no hubiese fructificado. Lo que había dicho en el grupo de los cortesanos apostados bajo el real balcón corría de boca en boca. El marqués Zanone, Casabianca y Madrina eran excelentes gacetas.

Al penetrar las princesas en el aposento regio, Nina y Angélica se hallaron un momento una al lado de la otra.

—¡Me ama!—dijo la condesa al oído de su amiga;—estoy segura de ello. ¡Ah! soy muy feliz.

Nina la miró. La belleza de Angélica revelaba un sentimiento de triunfo.

—Y tú—murmuró la gitana con voz entristecida,—¿estás segura de amarle?

—¡Loca!—respondió Angélica.

Nina la miraba con fijeza.

—Si todos los que están ahora por ei se reuniesen para confundirle—continuó ella,—¿le amarías aún, condesa?

Los bellos párpados de Angélica se estremecieron; en seguida los bajó.

Pero contestó por segunda vez y con acento de reprensión: —¡Ah! ¡loca!

Y pasó arrastrada por la princesa de Salerno que le daba la mano.

—Tengo miedo—dijo.

En este momento el ujier gritó desde lo alto de la escalera de mármol:

—¡Audiencia real!

Esta es la fórmula con que se anuncia á la nobleza su admisión al aposento real.

La familia del rey quedó sorprendida al oír esta voz; así es que tanto los príncipes como las princesas se detuvieron en el vestíbulo.

Pero en los jardines, la muchedumbre reconocida no cesaba de gritar «evviva». La curiosidad excitada iba á ser satisfecha. Lo menos que se deseaba era larga vida al salvador de la patria.

Caballeros y señoras se precipitaron juntos al vestíbulo: la etiqueta recibió en este lugar más de un codazo.

Separada Nina de la comitiva por aquella oleada tumultuosa, permanecía aún en el mismo sitio.

Su mirada fija en el fondo de las avenidas parecía esperar á alguien.

Nina vió una partida de caballería ligera que recorría á pie los jardines, dejando centinelas de trecho en trecho.

El sol iba descendiendo hacia su ocaso. El reloj del palacio había dado las cinco.

—S. M. el rey no recibe—dijo el ujier bajando la vara tras los últimos entrados.

Y este grito pasando de centinela en centinela llegó hasta la verja del jardín.

—S. M. el rey no recibe.

Ahogóse una exclamación en la garganta de la gitana.

Acababa de distinguir al extremo de la calle de árboles á los que sin duda aguardaba.

Estos eran el anciano banquero Massimo Dolci, su pretendido tío, y el ex intendente de policía Armellino.

Al querer dirigirse hacia ellos, vió á los dos centinelas de la verja que cruzaban sus carabinas delante de los recién llegados.

Al banquero de la corte, al segundo dignatario de la policía napolitana.

Nina se detuvo y palideció.

Lanzándose á un bosquecillo de magnolias y camelias-árboles moduló un grito extraño y particular.

Armellino dijo:

—¡Es Fiamma!

Y el anciano Massimo:

—Separémonos, Corner, voy á la «logia», que haya hombres en el campo, bajo las ventanas de la quinta.

Así diciendo, subió á su carruaje, mientras el intendente de policía daba vuelta á la quinta y se introducía en las arboledas vecinas.

Nina con los ojos fijos en los balcones del pabellón real exclamó:

—¡Juraría que Johann Spurzeim está ahí! ¡Esta noche habrá combate!

Y salió del bosquecillo con un ramo de flores en la mano.

Este palacio era su habitación y conocía todos sus pasillos.

Así pues, dió la vuelta rápidamente al pabellón real y se introdujo por una puerta de los aposentos de la princesa de Salerno.

Las galerías que atravesó estaban desiertas. Pero muy luego llegó á una sala donde estaba una mujer cubierta con un velo y vestida de luto.

De una ojeada reconoció á su compañera de viaje, la condesa.

—¡No se pasa!—dijo una voz ruda cerca de la puerta cerrándola con violencia.

Era necesario dar una nueva vuelta.

Nina se presentó á otra puerta y la abrió, pero al momento volvió á cerrar.

Había visto á los jóvenes nobles, presos la víspera anterior, que conversaban con el señor Carlo Piccolomini.

—Johann Spurzeim no debe estar lejos—murmuró.

Recorrió los demás aposentos del pabellón real y en ninguno descubrió al jefe de policía.

Cuando por fin llegó en los salones y galerías donde estaba reunida la asamblea de familia, su

primera mirada fué buscar aún á Johann Spurzeim.

Era en vano.

El jefe de policía, invisible como el mismo demonio, era el alma de este consejo y no asistía á él.

Nina, no pudiendo penetrar hasta el estrado donde estaban sentados Fernando de Borbón y su familia, se deslizó á una estancia, cuya puerta se abría no lejos de las princesas y cerca de Coriolani.

Este gabinete daba sobre el Vomero. Bajo la ventana se extendían los floridos campos que unían el palacio al de los príncipes de Belvedere. Había allí un arpa y diversos instrumentos músicos. La princesa de Salerno, una de las más distinguidas filarmónicas de Italia, acudía á él con frecuencia. El rey se complacía en oírla ejecutar esas fantasías melancólicas que brotan del genio de la Alemania.

Delante de la ventana del gabinete se alzaba un balcón de piedra.

La asamblea presentaba un aspecto solemne.

No faltaba una sola persona de la familia real.

Ni hubieseis podido nombrar una casa ilustre del reino de Nápoles que no tuviese allí algún representante.

El rey estaba sentado entre sus dos hijos. El sillón del ministro de Estado permanecía vacío á sus pies. Loredano Doria se había colocado detrás de S. M. Las princesas rodeaban á Angélica, no lejos del lugar donde el príncipe Fulvio estaba en pie.

En el rostro de Coriolani era de admirar la calma noble y serena que constituía su misma belleza.

Como se trataba de un consejo de familia, el rey habló antes que nadie.

Primero anunció lo que todo el mundo esperaba, esto es, que iba á proclamarse la rehabilitación del nombre de Monteleone, y que esta familia tenía herederos. Su acento era breve y seco.

Fulvio fué quizá el único que no lo notó.

—Conde de Monteleone—dijo el rey,—acercaos.

Fulvio se adelantó inmediatamente hacia el centro del estrado.

Así se encontró al lado del sillón vacío que esperaba al nuevo ministro de Estado.

—Conde—repuso el rey,—nos habéis prometido las pruebas de vuestro nacimiento: las aguardamos.

—¡Silencio!—dijeron los ujieres reales, porque la muchedumbre se agitaba.

—Señor—respondió Fulvio,—he prometido á Su Majestad la partida de bautismo de Mario, conde de Monteleone, primogénito del santo que fué muerto en Pizzo; ahí está... Depongo además á los pies de V. M. las partidas de bautismo de mis hermanos Julián y Celestina.

El rey alargó la mano.

Pudo notarse que tomaba los papeles sin dirigir una mirada al nuevo conde de Monteleone.

—¿Qué más traéis?—preguntó.

—El testamento de mi padre—respondió Fulvio.

Fernando de Borbón sonrió con frialdad; su expresión de desconfianza no pudo escapar á nadie.

—Está bien—le dijo,—señor conde; nos habéis prometido el testamento de vuestro padre muerto y el testimonio de vuestra madre viva.

Fulvio se inclinó y le entregó el papel que guardaba en la mano.

—Señor—profirió en voz baja,—he aquí la mitad de mi promesa cumplida.

Fernando de Borbón hizo un gesto imperceptible.

Nina lo veía todo desde el lugar que ocupaba detrás de las princesas, á diez ó doce pasos de la derecha del trono, y se sorprendía de la calma, ó más bien fría impassibilidad que resplandecía en las facciones de su Fulvio.

En la asamblea se decía:

—La dimisión del señor Carlos Piccolomini quizá no ha sido aceptada.

En el círculo de las princesas empezaba á manifestarse un principio de inquietud.

Francisco de Borbón les dijo:

—Tranquilizaos, yo conozco al rey mi padre.

Desde el principio de esta escena, la bella condesa Angélica Doria revelaba la mayor turbación, un malestar que la agitaba.

Unas veces palidecía, otras un vivo carmín coloreaba sus mejillas. Diríase que experimentaba un cruel suplicio.

En una ocasión su mirada se encontró con la de su hermano Loredano. Cubrióse el rostro con las manos, en tanto que se estremecía de pies á cabeza.

—Conde de Monteleone—dijo el rey,—¿afirmáis que el testamento presentado por vos es realmente el de vuestro padre?

—Señor—respondió Fulvio,—lo aseguro por mi honor.

El rey hizo pasar el papel á un hombre que hacía un instante estaba de pie entre el trono y el sillón de Loredano Doria.

Este hombre se dirigió á una puerta situada enfrente de Nina.

Esta le había conocido, y pensó:

—¡Allí debe estar Johann Spurzeim!

También Fulvio le había mirado, pero sin revelar la menor emoción.

Al ver el gesto del rey, el marquesito Zanone no pudo menos de decir á sus compañeros:

—Decididamente Pedro Falcone está en candelero.

Entretanto el doctor había desaparecido tras la puerta entornada.

—Falta el testimonio de la madre viva—profirió lentamente el rey.

—Señor—respondió Fulvio conservando siempre la misma sangre fría,—me admira que mi madre, la condesa de Monteleone, no se halle aún en presencia de S. M.

El rey repuso á media voz:

—Esperaremos á la condesa de Monteleone, vuestra madre.

En la manera con que fueron pronunciadas estas últimas palabras había un acento tal de mal humor, que la princesa de Salerno se volvió vivamente hacia Francisco de Borbón:

Este repitió:

—Yo conozco al rey mi padre... tranquilizaos.

Fulvio se limitó á inclinarse en señal de agradecimiento.

Pero en el instante en que el rey se cruzaba de brazos como si realmente hubiese querido esperar, abrióse la puerta por donde Pedro Falcone había salido. En el umbral apareció el señor Carlos Piccolomini, ministro de Estado, é introdujo al marqués de Malatesta, seguido de sus compañeros presos la víspera precedente.

—¿Qué significa esto?—preguntó el rey.

Todos los semblantes revelaban la mayor sorpresa.

En esta numerosa reunión sólo el príncipe Coriolani estaba tranquilo.

—Señor—contestó Carlos Piccolomini,—el asunto de ayer fué juzgado con un poco de ligereza, tal es el parecer de vuestro consejo: estos nobles señores ofrecen probar públicamente la verdad de sus afirmaciones.